

Bolivia: La Corte Electoral como trofeo de guerra

Campero, Ana M. de

Ana María de Campero: Periodista boliviana. Directora del matutino Presencia. Exministra de Informaciones durante el gobierno constitucional interino de Walter Guévara (1979).

El tiempo político en Bolivia ha quedado detenido en las elecciones de 1989 y todo hace predecir que esa tensión se mantendrá mientras los partidos mayoritarios, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y Acción Democrática Nacionalista (ADN), no superen las consecuencias de su ruptura.

La situación se reflejó durante el primer año de gobierno de Jaime Paz Zamora, en la oposición a rajatabla que desarrolló el MNR en el Parlamento con el fin de bloquear sistemáticamente la aprobación de leyes propuestas por el Ejecutivo. No hay visos de que esto cambie en tanto el frente oficialista no acepte negociar, en serio, las reformas políticas y electorales a las que se comprometió ante la Iglesia católica.

Maravilloso instrumento

La desconfianza del MNR sobre el manejo de la Ley electoral en vigencia surge de la comprobación de que ésta puede ser digitada a gusto y antojo de los partidos que controlen la Corte Nacional Electoral. Esta es la primera vez, en muchos años, que este partido no tiene acceso al manejo de ese vital instrumento político. El vicio mayor de la legislación electoral boliviana, que podría terminar con la democracia representativa, parte de un complicado sistema de recuento manual de votos que hace posible la eliminación de miles de sufragios a sola firma de los vocales de la Corte. De esa manera los resultados iniciales se acomodan al cálculo de los partidos que dominan las cortes electorales.

Este sistema se aplica mediante la observación de ánforas en lugares clave para la definición de senadurías y diputaciones, que en los momentos finales se habilitan o se anulan y que pueden cambiar el equilibrio de fuerzas en el Parlamento.

El MNR no cejará en su campaña para evitar que la próxima elección sea manejada por el oficialismo, pues eso equivaldría a conocer anticipadamente los resultados,

mientras que los partidos gobernantes no parecen dispuestos a ceder aquello que Paz Estenssoro denominara «el maravilloso instrumento del poder».

Mientras este pleito prosiga sin solución, el gobierno del presidente Jaime Paz Zamora se mantendrá como una suerte de interregno entre las dos elecciones. Su supervivencia depende en gran medida del apoyo que le brinda su aliado el general Hugo Banzer Suárez a quien, para asegurarle su fidelidad, ya ha proclamado como candidato a los comicios de 1993, aumentando el nerviosismo en las filas opositoras.

Muchos aseguran que Banzer ha perdido el interés en volver a la presidencia, pero otros recuerdan que el ex-gobernante de facto, que hoy es un demócrata convencido, tiene pendiente la promesa de retornar un día al Palacio de Gobierno «por la puerta ancha de las elecciones». Ya lo ha intentado dos veces sin éxito, pero no se desanima. La tercera puede ser la vencida. En 1985, cuando obtuvo el primer lugar en las elecciones pero no alcanzó la mayoría para ganar la presidencia en el Congreso, sus deseos tropezaron con el voto de la izquierda que se cobró la factura de la persecución y el exilio votándole a su oponente: el ex-presidente Víctor Paz Estenssoro, que logró el segundo lugar en los cómputos generales.

Breve pacto

Al asumir la presidencia por cuarta vez en tres décadas, Paz, el octogenario caudillo, se apropió del programa de gobierno de Banzer y no sólo que lo hizo suyo, sino que lo manejó de una manera exitosa logrando parar la inflación que había llegado al 28.000% mensual.

Bajo su presidencia, contra toda expectativa y pese al elevado costo social del programa, el pueblo acató las medidas estabilizadoras con resignación. Después de muchos años de gimnasia anti-militar, de desborde populista y de inflación, los bolivianos experimentaban una suerte de autoridad patriarcal. Nadie osó discutirla. Unos por temor y otros por respeto dejaron hacer a Paz Estenssoro.

Cuando las heridas estaban todavía frescas, los buenos oficios de la embajada norteamericana, interesada en dar estabilidad al modelo, determinaron que en octubre de ese año Víctor Paz Estenssoro y Hugo Banzer Suárez firmaran un «Pacto por la Democracia», que aseguraba al primero un total control del Parlamento y al segundo la alternabilidad en el Palacio de Gobierno. Se habló de una reedición del Punto

Fijo de Venezuela o el acuerdo entre liberales y conservadores en Colombia. A nadie le cabía la menor duda, Banzer incluido, que él sería el próximo presidente.

El Pacto funcionó sin inconvenientes durante tres años y medio. Paz hizo aprobar todos sus decretos en el Parlamento gracias a la mayoría que controlaban ambos partidos. A cambio cedió ciertos cargos jerárquicos en las empresas públicas a la gente de Banzer. Este no aceptó que su gente conformara el gabinete y ejerció una oposición ejemplarmente constructiva.

Pero cuando los comicios se acercaban, el MNR evaluó sus posibilidades y luego de varias encuestas, llegó a la conclusión de que su fórmula podía ganar las elecciones, no obstante el costo social de su programa económico. Consultores nacionales e internacionales a los que contrató para sus sondeos de opinión, le recomendaron que para proyectarse adelante y sobrevivir a Paz Estenssoro necesitaba romper su alianza con ADN. Y así lo hizo. Banzer atribuyó esa «deslealtad» a Sánchez de Lozada quien, desde ese momento, se convirtió en su adversario más enconado.

Las elecciones le dieron la razón al MNR que logró el primer lugar, pero como ninguno de los frentes obtuvo la mayoría absoluta, la decisión pasó por el Congreso que, según la Constitución, debe elegir al presidente entre los tres candidatos más votados. La única posibilidad de combinación para Sánchez de Lozada y Banzer era Jaime Paz Zamora.

El actual presidente boliviano se encontró en una posición estratégica para dirimir ese empate. Contra todo supuesto, pactó con Acción Democrática Nacionalista y ganó la presidencia a cambio del precio de ser el peón de una difícil partida de ajedrez en la que el general Hugo Banzer jaqueó a Gonzalo Sánchez de Lozada y le cobró las cuentas.

El acuerdo vigente

La alianza ADN-MIR, bautizada como Acuerdo Patriótico, intenta reeditar el quebrado pacto de alternabilidad en el gobierno. Es claro que el compromiso supone que el próximo presidente será el general Hugo Banzer Suárez y para que no quede la menor duda miristas y adenistas repiten cada vez que se les presenta la ocasión que «palabra empeñada, es palabra cumplida». La indirecta al MNR es bien clara.

Sólo dentro de ese contexto se entienden las proclamaciones prematuras de Banzer como el candidato del gobierno para 1993, pues la estabilidad del gobierno de Paz Zamora depende de que el general esté convencido de que así será. El momento en que surja la duda, todo el andamiaje que soporta esta alianza sui generis podría venirse abajo.

Pero el general Banzer no es el único candidato prematuro para el 93, también lo es Sánchez de Lozada, quien además de ser elegido jefe del MNR fue proclamado como su precandidato presidencial en una Convención Extraordinaria reunida en agosto pasado, que aprobó nuevos estatutos que recogen el cambio operado en este partido elaborados por el sociólogo norteamericano Theodore Sorensen. La consolidación del exministro de Planeamiento dentro del MNR se debe en buena parte a que aparece como el que mejor entiende y puede manejar el modelo neo-liberal que se acomoda a las exigencias del FMI y el Banco Mundial. No en vano ha sido llamado para consultas desde Argentina, Brasil, Chile y varios países de Europa del Este.

Este pedestal indiscutido lo convierte en un crítico permanente de la administración que hace el gobierno del programa económico. Sin duda que el MIR realiza un gran esfuerzo por seguir la línea trazada por Paz Estenssoro pero le resulta difícil compatibilizar su discurso populista con las exigencias de austeridad que el modelo exige. Las licencias que se toma en ciertos campos como el tributario tienen en vilo a sectores de la ADN y la empresa privada.

Amenazas o advertencias

En tanto el discurso de Sánchez de Lozada como el de otros dirigentes del MNR denota la preocupación por lo que pueda ocurrir en las próximas elecciones generales. Durante la convención de este partido, el diputado Edil Sandoval Morón, político con un historial proclive a los golpes de Estado, llegó al extremo de advertir que los movimientistas desempolvarían sus fusiles en caso de un fraude. La afirmación dio lugar a una convocatoria del Senado (dominado por la alianza oficialista) a Gonzalo Sánchez de Lozada para que explique qué significado asignaba a esas palabras.

El flamante jefe del MNR dijo que su partido no tiene afanes desestabilizadores y menos golpistas, pero advirtió que el pueblo podría alzarse si el resultado de las próximas elecciones se distorsiona.

Una prueba más de que los bolivianos deberán aguantar una prolongada tensión pre-eleitoral que a más de dificultar la esperada reactivación de la economía, permitirá a la oposición sacar ventaja de la falta de experiencia de que hacen gala Paz Zamora y sus correligionarios. El primer round se dirimirá en diciembre de 1991 cuando se realicen las elecciones municipales, el segundo en mayo del 93 en que gobierno y oposición se jugarán el todo por el todo.

Aunque hay aspectos que podrían subsanarse con apoyo internacional como la introducción de un sistema computarizado para el recuento de votos y la adopción del Registro Unico Nacional, lo que no parece factible es que el gobierno acepte entregar la Corte Nacional Electoral a un grupo de personalidades apartidistas. Más allá de las consideraciones éticas que se plantean y del peligro de que aumente la abstención en los próximos comicios, la Corte aparece como el trofeo de guerra que unos ganaron y otros perdieron. La pregunta es, ¿cuánto más puede durar este juego sin dañar profundamente a la democracia boliviana?